

—Señor cabo... — exclamó tímidamente el soldado.

Volvióse aquél, y le indicó de nuevo la prevención lanzándole una mirada furibunda.

— Quisiera pedirle á usted una cosa...

El acento con que pronunció tales palabras era tan respetuoso y sumiso, que no cabía más que escucharlo.

— ¿Qué es lo que quieres?

— Quisiera preguntarle, si es que lo sabe, si hay en este regimiento un oficial de mi pueblo, que me parece que sí que ha de estar; pero ello es que yo no lo sé á punto fijo.

— ¿De tu pueblo? Si en tu pueblo tienen todos tu estampa, puede desde luego asegurarse que no hay en el regimiento más que tú.

Y encogiéndose de hombros echóse á andar.

— ¡Qué maneras! — murmuró tristemente el recluta contemplándole en tanto que se alejaba. — Y sin embargo, me han dicho que está... — añadió luego, volviendo á sentarse. — Pero, ¿por qué hablan así? ¿Por qué nos tratan tan mal? ¿Por qué nos miran así? ¿Qué somos para ellos? ¿Somos por ventura perros?... ¡Y hemos de llevar esta vida durante cinco años!... ¡Oh... es demasiado, es demasiado!

Y se cubrió el rostro con ambas manos, y pensó en su familia, que estaba muy lejos.

— Si me vieses así, — pensaba, — ¡pobre gente!

En semejante situación, llegó á sus oídos una sonora carcajada que sonó en el fondo del patio, y levantando los ojos, distinguió á tres de los soldados de la guardia que le estaban mirando y se burlaban de él.

— ¡Vaya un bobo! — comenzaron á decir: — ¡Está enamorado! — ¡Piensa en la novia! — ¿Dónde la has dejado á tu enamorada? — ¡Pobrecilla! á estas horas habrá encontrado ya quien la consuele. — ¡Mira, mira qué ojazos te pone!

Y después los tres á una, remedando al cura cuando canta la misa, exclamaron:

— ¡Oh, qué bobo!

El pobre recluta palideció: le habían herido en lo más vivo del corazón: no pudo contenerse: se levantó...

— ¿Quién será el enamorado? — dijo para sí el oficial de guardia, asomándose á la ventana del cuarto de banderas, que salía al patio, sin dejar el periódico que estaba leyendo. Los soldados de la guardia, que lo advirtieron, hicieron doble derecha y escaparon, en tanto que el recluta, dirigiendo á la ventana el rostro demudado, miró al oficial. Éste á su vez se fijó en el soldado, y cómo observara que le estaba contemplando con profunda atención, que ésta se convertía en sorpresa, y que á ésta, al fin, sucedía el contento y la alegría, sin que por esto le quitara ojo, preguntóse para sus adentros: — ¿Quién será ese tipo?

Y saliendo al patio dirigióse donde él estaba.

— ¿De qué te ríes, y por qué te frotas las manos en señal de alegría? — le dijo con acento severo.

Y el soldado, bien que ruborizándose, continuaba sonriendo.

— ¿Sabes que te me antojas un zanguango de nuevo cuño?... Te pregunto que de qué te ríes.

— Pues... — contestó el recluta bajando la vista y refregándose con ambas manos uno de los faldones del capote, — yo, señor oficial, sabía que estaba usted en este regimiento, y también me han enviado á mí... Usted, está claro, ya no se acordará; pero yo sí que me acuerdo... Usted hace tres años que se marchó, y yo le conocía á usted, y á todos los de su familia también; pero ellos no nos conocían á nosotros, que vivíamos muy cerca de su casa, y todas las mañanitas le veía á usted cuando iba de caza, y... vamos que somos del mismo pueblo...

— Vamos, ya comprendo, — contestó el oficial mirándole atentamente para hacer memoria.

— Yo sabía que usted se había marchado para estudiar

para ser oficial, y que había entrado en el colegio, y después ya no volvió... Después que usted se fué, han reconstruido la fachada de la iglesia, y en la plaza han abierto un café... tan grande casi como la mitad de este patio, y siempre está lleno de gente.

— Calla, ahora recuerdo: ¿no te llamas tú Lorenzo?

— Sí, señor.

— Si no recuerdo mal vivías en aquella casita que está cerca de la iglesia, fuera ya del pueblo.

— ¡Cabal! Frente por frente del molino.

No cabía en el pellejo de alegría.

— Sí, sí, lo recuerdo perfectamente. Y... dime: ¿qué te parece de la vida militar? ¿Estás contento de ser soldado?

El recluta cambió de repente, bajó los ojos y enmudeció.

— ¿Por qué no has salido á paseo con los otros?

No contestó, y se miraba las uñas pensando en lo que había de decir; pero se le leía el pensamiento en el blanco de los ojos.

Comprendiólo el oficial, y con voz dulce y penetrante, que fué derecha á lo más íntimo del corazón, le preguntó:

— ¿Qué es lo que tienes?

Con esto soltósele el nudo que tenía apretada su garganta, y animándose paulatinamente, dijo con voz conmovida:

— Tengo... escúcheme usted, señor oficial, tengo... la verdad es que ni yo mismo sé lo que tengo; pero nos tratan de un modo tal que, francamente, hace daño. Si preguntamos una cosa, no nos responden, y en cambio nos dirigen palabras que ofenden, y debemos callarnos como muertos, y si no á la prevención, que está allí (é imitaba la voz del cabo). Ya comprendo que no sabemos vestir el uniforme, y que no servimos aún para desempeñar el oficio de soldados; pero ¿qué culpa tenemos, si no hace más que dos días que estamos en el regimiento? ¿Podemos hacer más? Está claro como la luz que hemos venido para aprender, y me parece que con-

vendría tuviesen una poca de paciencia. Y no para aquí, sino que luego se burlan de nosotros delante de las gentes, y nos sacuden y nos dan empujones, y todo debemos sufrirlo, y ellos en tanto se ríen... Vamos que no sé comprender por qué nos tratan de esta suerte. Yo vine resignado á las filas, y decía para mis adentros: «Tú no habías nacido para soldado; pero ¡qué le hemos de hacer! cumplirás con tu obligación, y los superiores te estimarán;» mas ahora que veo las cosas... Acaso cuando nos hayamos acostumbrado, no haremos caso; mas al presente nos hace daño vernos tratados de esta manera. ¡Estábamos tan bien en casa con la familia! Allí todos nos querían; mientras que aquí... Vamos que hace daño; ¡pero mucho daño!

Las últimas palabras fueron pronunciadas con acento de profunda amargura. Después calló, y con los ojos bajos continuó hablando para sí.

El oficial dejó pasar algunos instantes en silencio: encendió un cigarro, y después con ademán indiferente, cual si no hubiese entendido ó querido entender cosa alguna, le dijo:

—Bájate un poco el corbatín (y le ayudó por su mano). ¡Ajá! Así: perfectamente. Vuélvete.

Volvióse el soldado, y el oficial le cogió y le tiró el faldón del capote.

—El capote no debe hacer arrugas, ha de estar liso y estirado. Vuélvete.

Volvióse de nuevo, y el oficial le arregló la gorra.

—Así, un poco ladeada que cae mejor.

El recluta sonrió.

—Y firme sobre la cintura, y alta la frente, y al andar marcha con soltura y ademán resuelto, como cuando jugabas á los bolos en el patio de casa, ¿te acuerdas?

Rióse é indicó que sí.

—Perfectamente, —continuó el oficial apoyando la espalda contra la pared, y cruzando una pierna sobre la otra, — y mira

siempre á todo el mundo á la cara, porque ni has de temer á nadie ni tienes por qué avergonzarte de cosa alguna. ¿Has comprendido? Aun cuando pasara delante de tí el mismo rey en persona, firme siempre: alza la cabeza, clava tus ojos en sus ojos como si quisieras decirle: —Soy yo, — que nosotros los soldados debemos expresar por tal manera el respeto que nos merecen los superiores. No lo olvides.

El soldado hizo un ademán afirmativo. En su rostro se veía que se iba tranquilizando.

—Acuérdate también, que dentro del cuartel es indispensable hablar de cierta manera. Pocas palabras, pero claras y terminantes, sea el que quiera aquel con quien hablas: sí y no, no y sí, y si no has de decir más; tanto mejor. En formación, lo mismo que si estuvieses en la iglesia: silencio: fuera de ella, como en tu casa: si los demás bromean, bromea tú también cuanto quieras, y no te contentes con ser espectador, que esto da lugar á la melancolía, y el soldado debe estar siempre alegre. Á tus camaradas has de procurar quererlos, porque entre ellos, no lo dudes, encontrarás muy buenos amigos, muchachos bonísimos que te querrán lo mismo que si fueras su hermano, ya lo verás. Podrá haber aquí escasez de todo, convenido; pero no de corazón... ¿Tienes la pipa?

—No, señor.

—Es que puedes fumar. Cuando un superior reprende... si tiene razón, bajar la cabeza y obedecer: si no la tiene, callarse y no tomar las cosas á pechos; porque nada puede remediarse, y en este mundo cada cual tiene sus defectos y el que más y el que menos puede equivocarse. De responder, algunas veces puede resultar mal. De no cumplir lo que se manda, resulta mal siempre. Ni vayas á creer que cuantos te reprendan lo hagan porque te tengan ojeriza y la tomen contigo. Nada menos que esto. Generalmente los que más chillan son los que tienen mejor corazón, y son los

que más estiman al soldado, y morirían de pena si no pudiesen vivir entre vosotros. Chillan, gritan, reprenden; mas lo hacen por hábito, por costumbre; pero nada más. Yo te aseguro que acabarás por querer á éstos más que á los otros. Lo verás por tus mismos ojos, lo verás y verás también que al tomar la licencia se les saltan lágrimas. ¡He visto tantos! Hasta en Custozza...

—¿Aquella batalla que nos fué tan mal?

—La misma: he visto en ella un capitán, que era el terror de la compañía, y no había en ella quién pudiera verle ni aun en pintura, y sin embargo, estaban en un error; y la prueba es que no caía herido un soldado sin que él corriera á socorrerle, y examinarle la herida y darle ánimo; en movimiento siempre y de un sitio á otro, sin que le apenaran el cansancio ni la fatiga.—¡Capitán, mi capitán, no me abandone usted!—clamaban los heridos, cogiéndole por el brazo y por la levita.—No, no temas, hijo mío,—decía,—permaneceré aquí, á tu lado, hasta que te hayan hecho la primera cura: ¡ánimo, hijo mío, valor, que tu capitán no te abandonará!—¿Verdad que era todo un hombre? Y hay tantos como él... Porque has de saber que no debe juzgarse á los hombres por las apariencias, sino compadecer á los que parecen malos, y ser reconocido con los buenos, y hay que respetar á todos, porque todos son soldados, y cuando menos lo pensemos podemos verles dar la vida impulsados por su valor y por el amor que el sentimiento de la patria les inspira. Y cuando se quiere bien á alguno, se sufre todo con ánimo levantado, no dudes en ello. Preguntáselo, preguntáselo á tus compañeros, y verás cómo te dicen que los soldados más valientes querían todos con delirio á sus superiores. Mira, un soldado hubo... ¿cómo se llamaba?... ¡Ah! sí, ya recuerdo: el soldado Perrier, del cuarenta y ocho, que se interpuso entre su oficial y los enemigos, y cayó muerto con tres balazos en el pecho, diciendo:—¡Acuérdese usted de mí,

mi amado teniente: muero contento porque le he salvado la vida!—Y aquel otro granadero, cuyo nombre no recuerdo ahora, que con tal de no abandonar á su capitán herido, prefirió morir á bayonetazos, diciéndoles á los enemigos:—¡No os lo dejaré en tanto yo viva!—Y aquellos ocho ó diez soldados que en la batalla de Rívoli, bajo una lluvia de balas, fueron á arrancar de entre las manos de los austriacos el cadáver de su teniente, á quien querían enterrar por sus propias manos, y tributarle los últimos honores sobre el campo de batalla.—Y tantos y tantos otros cuyos nombres y altos hechos corren consignados en cien libros, y todos los recuerdan, y les aman aún, cual si estuviesen vivos... ¿Tienes un fósforo?

El recluta, que hasta aquel instante había permanecido con tantos ojos y tanta boca abierta, sin saber lo que le pasaba, sacó un fósforo á toda prisa y se lo ofreció.

—Cuando se piensa en estas cosas, con tal que se tenga un tantico así de corazón, se olvidan fácilmente ciertos inconvenientes y ciertas pequeñeces que son propias de la vida del soldado. Y es menester pensar en ello; y te enseñarán á pensar, y tú, que eres un buen muchacho, lo aprenderás y no lo echarás en olvido. ¿Verdad?

El recluta hizo un ademán afirmativo, puesto que en el estado de ánimo en que se hallaba no tuvo alientos para hablar.

—¿Qué duda tiene?—prosiguió el oficial,—y para cumplir como bueno en el desempeño del cargo que impone la vida del soldado, es indispensable levantar la vista por encima del cuartel, y extenderla más allá del campo de maniobras. Hecho esto, lo demás, ¡qué diablo! es pura cuestión de tiempo: el hombre se acostumbra á todo. Al principio se siente el peso de la mochila: el llevarla constituye un peso insoponible, por lo menos así lo dicen todos; mas luego, y al paso que transcurren los días y se va adquiriendo la costumbre,